

Nuestra Conciencia: ¿Rebosante de Bendición o de Maldición?



Hay una parábola budista que reza algo así: Un día, cuando **Buda** estaba sentado a la sombra de un árbol, un soldado joven y esbelto pasó a su lado, miró a Buda, percibió su peso y sus carnes, y exclamó: “*¡Pareces un cerdo!*” Buda levantó con calma la vista hacia el soldado y le dijo: “*¡Y tú te pareces a Dios!*” Desconcertado por el comentario, el soldado le preguntó a Buda: “*¿Por qué dices que me parezco a Dios?*” Y Buda replicó: “*Bueno, nosotros realmente no vemos lo que está fuera de nosotros; sólo vemos **lo que está dentro de nosotros y lo proyectamos hacia fuera.** Yo estoy sentado todo el día bajo este árbol y pienso constantemente en Dios, de forma que, cuando miro hacia fuera, eso es lo que veo, veo a Dios. Y tú..., ¡tú debes estar pensando en otras cosas, ¿verdad?!*”

Hay un axioma en filosofía que afirma que el modo cómo percibimos y juzgamos está profundamente influenciado y coloreado por nuestra propia interioridad. Por eso, nunca es posible ser plenamente objetivo y por eso también cinco personas pueden presenciar el mismo acontecimiento, ver la misma cosa y tener cinco versiones diferentes de lo que sucedió. **Santo Tomás de Aquino**, gran filósofo y teólogo, expresó esto en **un axioma célebre**: “Lo que se recibe se recibe según la forma de su receptor” (para los “iniciados”, en original latín: “*Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*”).

Si esto es cierto -que lo es- entonces, como sugiere la parábola budista, la **forma cómo percibimos a los otros** lo dice todo sobre lo que **está ocurriendo en nuestro propio interior**. Entre otras cosas, indica si estamos obrando movidos por una conciencia rebosante de bendición o de maldición.

Comencemos con la positiva, una conciencia llena de bendición: Observamos esto en Jesús, en cómo él percibía a las personas y en cómo las juzgaba. La suya era una conciencia llena de bendición. Tal como describen los evangelios en el relato del bautismo de Jesús, los cielos se abrieron y se oyó la voz de Dios Padre que decía: *“Éste es mi Hijo querido, mi ‘bendecido’, en el que pongo mis complacencias”*. Y parece que, todo el resto de su vida, Jesús estaba siempre de alguna manera consciente de lo que su Padre le decía: *“¡Tú eres mi querido, mi ‘bendecido!’”* Como consecuencia de ello, Jesús podía mirar hacia afuera, al mundo, y decir: *“Bienaventurados y benditos sois vosotros, los pobres, cuando os persiguen, o cuando sufrís de cualquier modo. Siempre sois bienaventurados, sean cuales sean vuestras circunstancias en la vida”*. Jesús tenía conciencia de su propio “ser-bendito”, sentía esa conciencia y, por eso, podía obrar movido por una conciencia bendita, una conciencia que podía mirar hacia fuera y ver a los otros y al mundo como bienaventurados.

Lamentablemente, a muchos de nosotros nos ocurre ciertamente lo contrario: Percibimos a los otros y al mundo no a través de una conciencia bienaventurada, sino a través de una conciencia maldita. Nos han maldecido a nosotros antes y por eso, de cualquier modo y de forma sutil, maldecimos a los demás.

¿Qué es una maldición? ¿En qué consiste? Una maldición no es el lenguaje “coloreado” y pintoresco que brota de nuestra boca cuando nos quedamos atascados en el tráfico de la ciudad, o cuando golpeamos con efecto la bola de golf pero de modo equivocado. Lo que decimos en esos casos puede ser de mal gusto y hasta altamente profano, pero no es una maldición. Una maldición es algo más pernicioso.



Maldecir es lo que hacemos cuando miramos a alguien que no nos cae bien y pensamos o decimos: *“¡Ojalá no estuvieras aquí! ¡Odio tu presencia! ¡Márchate, lejos de aquí!”* Maldecir es lo que hacemos cuando, molestos por los chillidos allborozados de un niño, decimos: *“¡Cállate, demonio! ¡Que me estás irritando!”* Maldecir es lo que hacemos cuando miramos a alguien y pensamos o decimos: *“¡Qué idiota! ¡Qué imbécil!”*

Maldecir es lo que hacemos siempre que miramos a otra persona críticamente y pensamos o decimos: *“Pero ¿quién te piensas que eres? ¡Piensas que eres un artista! ¡Piensas que posees tanto talento! ¡No, no lo posees; eres un creidillo, estás pagado de ti mismo!”*

Fijémonos que en cada uno de estos ejemplos lo que se piensa o dice es la **antítesis de lo que el Padre dijo a Jesús** en su bautismo: *“Tú eres mi Hijo querido, mi bendecido, mi predilecto!”*

Si pudiéramos nosotros volver a ver nuestra vida en video, podríamos observar las veces incalculables, especialmente en nuestra juventud, en que otros sutilmente nos maldecían, cuando oíamos, o al menos intuíamos, palabras parecidas a éstas: *“¡Cállate! ¿Quién piensas que eres tú? ¡Fuera, vete de aquí! ¡No te queremos aquí! ¡Sobras, no te necesitamos! ¡Que no eres tan importante!”*

¡Estúpido! ¡Creidillo! ¡Estás pagado de ti mismo!” Se trataba de momentos en que los otros percibían nuestra energía y entusiasmo como una amenaza para ellos, y por eso, efectivamente, nos rechazaban.

Y, cuando maldecimos, el resultado residual en nosotros es vergüenza, depresión y una conciencia “maldita”. **A diferencia de Jesús**, no vemos a los otros y al mundo como bendecidos. Al contrario, como el joven soldado mirando al Buda demasiado gordo sentado a la sombra del árbol, nuestros juicios espontáneos son rápidos y mortales: **“¡Pareces un cerdo!”**.

Lo recibido se recibe según la forma del receptor, conforme al axioma filosófico. Nuestros juicios ásperos y duros sobre los otros revelan mucho más sobre nosotros mismos que lo que revelan sobre ellos. Nuestra **actitud negativa** hacia otros y hacia el mundo revela principalmente lo magullados y heridos, avergonzados y deprimidos que estamos – y revela también las pocas veces que hemos oído a alguien que nos dijera: **“¡Eres estupendo, eres mi preferido, estoy a gusto contigo!”**

Ron Rolheiser (Trad. Carmelo Astiz, cmf)

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/nuestra-conciencia-rebosante-de-bendicion-o-de-maldicion